

# La mística: el encanto sonoro de la poesía de Santa Teresa de Jesús

Aurora MATEO PUIG  
Valencia

La poesía es un modo de entender el mundo y de expresar los altibajos en el quehacer de los hombres.

La mística es una expresión privilegiada de la hondura, la dignidad y la grandeza de la conciencia humana. Una manifestación y un anticipo de lo que puede llegar a ser el hombre cuando se adentra en el misterio de Dios, ya que por ningún otro camino nuestra humanidad llega más lejos.

Un espíritu religioso resplandeció siempre en nuestra literatura. Se percibe ya en el “Poema del Mío Cid”, que se agudiza en el Mester de Clerecía” y el teatro del medievo. El Renacimiento también fue poco pagonizante en España. Es con la Edad Moderna cuando se desacraliza el pensamiento y nuestras letras asimilan las últimas novedades europeas.

La novela picaresca, la mística y el teatro del siglo de oro, es el trípode que sostiene nuestra fama literaria. En Europa se llega a decir que “es la literatura española la mejor del mundo, salvo la griega”.

Gracias a la Contrarreforma, la unidad religiosa se refuerza y es en este momento histórico cuando surge la literatura místico-ascética española. Aunque parece que los antecedentes fueron de India, Alemania, Italia, etc., la literatura mística como tal es típicamente española.

Hay una diferencia grande entre la ASCÉTICA y la MÍSTICA. En la ASCÉTICA *el alma* busca a Dios, mientras que en la MÍSTICA es el Señor el que viene a *ella*. Hay tan grandes cosas dentro de un alma cuando el Señor quiere comunicárselas que no se atinan a decir. Y es ahí donde está la MÍSTICA. El alma es querida por Dios, conocida y amada, en un diálogo eterno. “*Tener un alma* -como dijo Ratzinger- significa ser interlocutor de Dios”.

*Santa Teresa y el mundo teresiano del Barroco*,  
San Lorenzo del Escorial 2015, pp. 291-306. ISBN: 978-84-15659-31-0

Los místicos son también exploradores y hablan a los teólogos como los viajeros a los geógrafos. Lo importante es tener viva la presencia de Dios. Esta unión íntima con Dios es una aspiración tanto de la ASCÉTICA como de la MÍSTICA, solo que la ASCÉTICA es activa: el alma va hacia el cielo y la MÍSTICA es contemplativa: Dios viene al alma. Aunque también es activa cuando el alma recorre el triple camino que le lleva al *momento místico*. Estas vías del camino son:

- la vía purgativa
- la vía iluminativa
- y la vía unitiva (momento místico).

Las almas de los ascéticos recorren también en su ascensión este triple camino, que lo consiguen por el sacrificio, la mortificación y el trabajo, mientras que el místico lo recorre por el amor y por una gracia especial del Altísimo.

Así pues, la ASCÉTICA se basa en *el raciocinio* y la MÍSTICA se basa en *la intuición*. Esta es la gran diferencia.

Nuestra protagonista pedía el desasimiento del yo y de los bienes materiales. El encuentro con el Cristo de los Evangelios. Una mujer descendiente de conversos escaló en la Iglesia lo máximo:

- Beatificada por Pablo V (1614)
- Canonizada por Gregorio XV (1922)
- Doctora de la Iglesia con Pablo VI (1970)

Esta es la Teresa que vamos a conocer.

Teresa es Marta y María en perfecta síntesis. Vida activa y vida contemplativa. Una mujer mística, palabra que viene del griego "*myein*" y quiere decir "cerrar ojos y boca", cosa que la Santa no hizo nunca, ya que ella tenía la palabra como vehículo de pensamiento.

Teresa nació en Gotarrendura (Ávila) en 1515 y murió en Alba de Tormes (Salamanca) en 1582. Su vida es conocida por todos, así que me voy a extender más en su obra y dentro de ella, en la poética, pues siendo la narrativa lo más brillante de su escritura, ha sido tema de estudio y exposición de muchos compañeros, mientras que su poesía es poco conocida, salvo unas cuantas composiciones. Escribió alrededor de 43 poemas, entre dudosos, probables y ciertos (los ciertos eran solo 6 ó 7) que hoy leeremos sacando toda la espiritualidad que ella ponía al componer. Cuando se publicaron las Obras Completas en la

BAC, se dijo que de la Santa debía haber poesías en Sevilla, Granada y Lisboa, pero no las tenemos localizadas.

Me es difícil tomar una actitud no subjetiva frente a la poesía de Teresa de Jesús. Pero reconozco que, aunque sea inferior a San Juan de la Cruz, pues no tenía la hondura teológica del gran poeta místico, no hay que silenciar su obra poética y es por eso la elección que he hecho de sus composiciones más conocidas.

Yo no soy recitadora, intérprete o declamadora de versos y menos los de la Santa “tan celestes”. Es en su contemplación de la vida donde el orante descubre a Dios y la Santa pasa en sus versos a la desnudez de espíritu.

La composición que voy a leer a continuación se encontró en un interesante y antiguo códice de Valladolid, donde aparecen numerosas poesías suyas.

### VIVO SIN VIVIR EN MÍ

Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero,  
*que muero porque no muero.*

### GLOSA

Vivo ya fuera de mí,  
después que muero de amor,  
porque vivo en el Señor,  
que me quiso para sí.  
Cuando el corazón le di  
puso en él este letrero:  
*Que muero porque no muero.*

Aquesta divina unión  
del amor en que yo vivo,  
ha hecho a Dios mi cautivo  
y libre mi corazón.  
Y causa en mí tal pasión  
ver a Dios mi prisionero,  
*que muero porque no muero.*

¡Ay, qué larga es esta vida!,  
¡qué duros estos destierros,  
esta cárcel, estos hierros,  
en que el alma está metida!

Solo esperar la salida  
me causa dolor tan fiero,  
*que muero porque no muero.*

¡Ay, qué vida tan amarga,  
do no se goza al Señor!,  
porque, si es dulce el amor,  
no lo es la esperanza larga.  
Quíteme Dios esta carga,  
más pesada que el acero,  
*que muero porque no muero.*

Solo con la confianza  
vivo de que he de morir,  
porque, muriendo, el vivir  
me asegura mi esperanza.  
Muerte, do el vivir se alcanza,  
no te tardes, que te espero,  
*que muero porque no muero.*

Mira que el amor es fuerte:  
vida, no me seas molesta;  
mira que solo te resta,  
para ganarte, perderte.  
Venga ya la dulce muerte,  
venga el morir muy ligero,  
*que muero porque no muero.*

Aquella vida de arriba,  
que es la vida verdadera,  
hasta que esta vida muera,  
no se goza estando viva.  
Muerte, no me seas esquiva;  
viva muriendo primero,  
*que muero porque no muero.*

Vida, ¿qué puedo yo darle  
a mi Dios, que vive en mí, si no es perderte a ti,  
para mejor a él gozarle?  
Quiero muriendo alcanzarle,  
pues a él solo es al que quiero:  
*Que muero porque no muero.*

La poesía de la Santa hay que elevarla y no verla como seca florecilla en herbario. Verla con ojos nuevos. Que le dé el sol y el aire. Revivirla, ya que la poesía del presente se basa en lo mejor del pasado.

Esta composición está muy difundida y multiplicada en copias, con bastantes variantes, pero todas de poca importancia.

Todos sus poemas hay que leerlos en voz alta, no porque sea poesía para sordos, aunque también. El encanto sonoro, la melodía, es parte de su alma. En sus versos, el lector se invade de esa musicalidad que encierra.

Sabemos que la poesía lírica y la épica nació en pleno derecho a la vida acústica y sonora. Así pues, las primeras composiciones en la historia fueron cantadas. He aquí la vinculación de la música con la poesía.

Santa Teresa estaba más dotada para el oral que para el escrito. Tenía relaciones fáciles con la palabra. *“Sólo donde hay lenguaje hay mundo”*, decía Heidegger. Contaba las cosas en apariencia banales a fuerza de observarlas en su profundidad y así desvela el misterio que está en el fondo de cada persona y así es como la Santa escribe sus poemas: con la contemplación, aunque hablar le era más fácil, ya que su exposición casera, doméstica, le iba mucho más, ya que cuando hablaba no se podía tachar como en la escritura y Teresa encontraba las palabras apropiadas para cada charla. Sin embargo, escribir y además, poemas, era una actividad solitaria con las letras para formar las palabras apropiadas.

Ella misma decía de su poesía: *“Yo profeso por vocación la poética y ya mis versos se defenderán solos”*.

Teresa, pues, se tuteaba con la poesía. Como decía de ella Oscar Wilde: *“Santa Teresa tiene una gramática idealizada”*.

Tenía la Santa un gran sentido de la realidad. Un carisma, que tiene su origen en causas naturales, como es su genio religioso, su talento intuitivo; pero, sobre todo, en sus experiencias sobrenaturales y místicas. Igual que su biografía, que está hecha a trazos, son también sus composiciones poéticas, espontáneas, deliciosas, sobrecogedoras. Se trasluce en sus poemas, que tiene una relación con Dios durante el curso de su vida.

## VUESTRA SOY, PARA VOS NACÍ

*Vuestra soy, para vos nací:  
¿qué mandáis hacer de mí?*

Soberana Majestad,  
 eterna Sabiduría,  
 Bondad buena al alma mía;  
 Dios, Alteza, un ser, Bondad:  
 la gran vileza mirad,  
 que hoy os canta amor así:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Vuestra soy, pues me criastes,  
 vuestra, pues me redimistes  
 vuestra, pues que me sufristes,  
 vuestra, pues que me llamastes.  
 Vuestra, porque me esperastess,  
 vuestra, pues no me perdí:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,  
 que haga tan vil criado?  
 ¿Cuál oficio le habéis dado  
 a este esclavo pecador?  
 Veisme aquí, mi dulce amor,  
 amor dulce, veisme aquí:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Veis aquí mi corazón,  
 yo le pongo en vuestra palma;  
 mi cuerpo, mi vida y mi alma,  
 mis entrañas y afición.  
 Dulce Esposo y redención,  
 pues por vuestra me ofrecí:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Dadme muerte, dadme vida;  
 dad salud o enfermedad,  
 honra o deshonra me dad;  
 dadme guerra o paz crecida,  
 flaqueza o fuerza cumplida,  
 que a todo digo que sí:  
*¿qué queréis hacer de mí?*

Dadme riqueza o pobreza,  
 dad consuelo o desconsuelo,

dadme alegría o tristeza,  
dadme infierno o dadme cielo,  
vida dulce, sol sin velo;  
pues del todo me rendí:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Si queréis, dadme oración;  
si no, dadme sequedad,  
si abundancia y devoción,  
y si no esterilidad.  
Soberana Majestad,  
sólo hallo paz aquí:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Dadme, pues, sabiduría,  
o, por amor, ignorancia;  
dadme años de abundancia,  
o de hambre y carestía.  
Dad tiniebla o claro día,  
revolvedme aquí y allí:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Si queréis que esté holgando  
quiero por amor holgar;  
si me mandáis trabajar,  
morir quiero trabajando;  
decid dónde, cómo y cuándo,  
decid, dulce Amor, decid:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Dadme Calvario o Tabor,  
desierto o tierra abundosa;  
sea Job en el dolor,  
o Juan que al pecho reposa;  
sea viña fructuosa,  
o estéril, si cumple así:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Sea José puesto en cadena,  
o de Egipto adelantado,  
o David sufriendo pena,  
o ya David encumbrado.

Sea Jonás anegado,  
o libertado de allí:  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

Haga fruto o no lo haga,  
esté callando o hablando,  
muéstreme la ley mi llaga,  
goce de Evangelio blando;  
esté penando o gozando,  
sólo vos en mí vivid.  
*¿qué mandáis hacer de mí?*

*Vuestra soy, para vos nació:*  
*¿Qué mandáis hacer de mí?*

Aquí, como en otras obras de la Santa, vemos repetido el estribillo en toda la composición. Teresa escribía para que sus monjas cantaran algunos de sus poemas. Esto parece algo ligero, pero es su estilo. “Estilo ermitaño”, como decía Menéndez Pidal, que es el habla corriente convertida en escritura y en el caso de Teresa, convertida en versos.

En sus obras narrativas, la cumbre la alcanza con el “Libro de la vida”. Le sigue “Camino de perfección”, “Las Moradas del castillo interior” y “Libro de las fundaciones”.

También en el género epistolar es una escritora singular, ya que ella era una gran lectora y siempre decía: “*lee y conducirás, no leas y serás conducido*”.

La España del XVI era desmesurada e intransigente. Así pues, la peripecia de Teresa como sospechosa alumbrada, tuvo el camino de santidad no exento de persecuciones y dificultades.

Compareció ante un tribunal de la Inquisición que la consideró “dejada”, por las obras de su vida, donde trataba de cosas místicas, semejantes a los alumbrados de Extremadura, diciendo que practicaba una doctrina llena de embustes. Pero la Santa, cuando la acusaban, se frotaba las manos.

La observación de sus obras fue su veredicto final. “Esta mujer, aunque ella se engañase en algo, a lo menos no es engañadora”.

En aquel ambiente contrario a las mujeres estaban los letrados, los teólogos, etc., que no se hartaban de denigrarlas y de reclamar la expresa prohibición



de leer la Biblia. He aquí la censura que hizo Melchor Cano al “Catecismo de Carranza”: “La experiencia nos dice que dar la Escritura en lengua vulgar, toda o parte, ha hecho daño a las mujeres y a los idiotas”.

Con todos los prejuicios teológicos, Teresa no debía escribir sus experiencias místicas por ser mujer y, menos aún, que éstas se dieran a conocer mediante su publicación. Así pues, el primer editor de la Santa que fue Fray Luis de León tuvo que luchar con sus superiores porque pensaban hacer burla de las revelaciones que eran de mujeres. *Y la Santa era mujer.*

La causa de todos estos miedos, además de un vulgar prejuicio antifeminista, era también una falta de fe “que no les deja creer que se humana Dios tanto con nadie”.

Sus censores se centraron en una de sus disertaciones sobre el amor. El censor anota al margen: “váyase con tiento”. Le obligaron a rehacer entero el “Camino de perfección” y ella obedeció. No obstante, conservó íntegro el cuaderno primero que hoy se guarda en El Escorial.

En sus meditaciones sobre “El Cantar de los Cantares” también fue muy criticada: “¡Oh Dios, qué gran miseria es la nuestra!”.

En su poema “Coloquio de amor” dice Teresa que hay que enamorarse mucho de Dios, de su sagrada humanidad y hablar con Él sin oraciones compuestas, con palabras, que le contemos las cosas.

### COLOQUIO DE AMOR

Si el amor que me tenéis,  
 Dios mío, es como el que os tengo;  
 decidme: ¿en qué me detengo?  
 o vos, ¿en qué os detenéis?  
 - Alma, ¿qué quieres de mí?  
 - Dios mío, no más que verte.  
 - ¿Y qué temes más de ti?  
 - Lo que más temo es perderte.

Un alma en Dios escondida,  
 ¿qué tiene que desear,  
 sino amar y más amar,  
 y, en amor toda encendida,  
 tornarte de nuevo a amar?

Un amor que ocupe os pido,  
Dios mío, mi alma (y) os tenga,  
para hacer un dulce nido,  
adonde más la convenga.

Sobre todo, “ayudar a llevar la cruz a Cristo” sin interés. No hay que llorar mucho. Hay que obrar mucho. Esto es servir a Dios.

Así también en “El libro de su vida” estuvo guardado en el Santo Oficio, pues no convenía que se leyese mientras ella viviese, *hasta ver en qué paraba esta mujer*.

La Santa quería que sus poemas engolosinaran las almas de los hombres de un bien tan alto como Dios. Tarea muy difícil. Nuestra andariega, sigue hoy, tantos años después, recordando con su testimonio que “en la contemplación de la vida es donde el orante descubre a Dios”.

### **MI AMADO PARA MÍ SOBRE AQUELLAS PALABRAS**

*Ya toda me entregué y di,  
y de tal suerte he trocado,  
que es mi Amado para mí,  
y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador  
me tiró y dejó rendida  
en los brazos del amor,  
mi alma quedó caída.  
Y cobrando nueva vida,  
de tal manera he trocado,  
*que es mi Amado para mí,  
y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha  
enherbolada de amor,  
y mi alma quedó hecha  
una con su Criador.  
Yo ya no quiero otro amor,  
pues a mi Dios me he entregado,  
*y mi Amado para mí,  
y yo soy para mi Amado.*

La Santa nos ofrece una doctrina del amor que conforme abraza el alma, la libera de inquietudes mundanas y falsas humildades. Todo está en amar mucho. San Juan dice: “a la tarde de la vida te examinarán en el amor, en la caridad”.

Cada cual puede esforzarse por el ejemplo de los santos y orientarnos hacia Dios . ¿Cómo acercarnos a una Santa de tan recia doctrina? Hemos de aunar juntos: el amor, la penitencia y la alegría. No hay que torcer el camino, hay que hacer nuestros los sufrimientos del prójimo, por pequeños que sean.

En el poema “Ayes del destierro” habla de que el alma no vive si está lejos de Dios:

### AYES DEL DESTIERRO

*¡Cuán triste es, Dios mío,  
la vida sin ti!  
Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

Carrera muy larga  
es la de este suelo;  
morada penosa,  
muy duro destierro.  
¡Oh Dueño adorado,  
sácame de aquí!

*Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

Lúgubre es la vida,  
amarga en extremo:  
que no vive el alma  
que está de ti lejos.  
¡Oh dulce bien mío,  
que soy infeliz!

*Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

¡Oh muerte, benigna  
socorre mis penas!

Tus golpes son dulces,  
 que al alma libertan.  
 ¡Qué dicha, mi Amado,  
 estar junto a ti!

*Ansiosa de verte,  
 deseo morir.*

El amor mundano  
 apega a esta vida;  
 el amor divino  
 por la otra suspira.  
 Sin ti, Dios eterno,  
 ¿quién puede vivir?

*Ansiosa de verte,  
 deseo morir.*

La vida terrena  
 es continuo duelo;  
 vida verdadera  
 la hay solo en el cielo.  
 Permíteme, Dios mío,  
 que viva yo allí.

*Ansiosa de verte,  
 deseo morir.*

¿Quién es el que teme  
 la muerte del cuerpo,  
 si con ella logra  
 un placer inmenso?  
 ¡Oh, sí: el de amarte,  
 Dios mío, sin fin!

*Ansiosa de verte,  
 deseo morir.*

Mi alma afligida  
 gime y desfallece.  
 ¡Ay!, ¿quién de su amado  
 puede estar ausente?

Acabe ya, acabe  
aqueste sufrir.

*Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

El barbo cogido  
en doloso anzuelo  
encuentra en la muerte  
el fin del tormento.  
¡Ay!, también yo sufro,  
bien mío, sin ti.

*Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

En vano mi alma  
te busca, ¡oh mi Dueño!  
Tú, siempre invisible,  
no alivias su anhelo.  
¡Ay!, esto la inflama,  
hasta prorrumpir:

*Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

¡Ay!, cuando te dignas  
entrar en mi pecho,  
Dios mío, al instante  
el perderte temo.  
Tal pena me aflige,  
y me hace decir:

*Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

Haz, Señor, que acabe  
tan larga agonía.  
Socorre a tu sierva,  
que por ti suspira.  
Rompe aquestos hierros,  
y sea feliz:

*Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

Mas no, Dueño amado:  
que es justo padezca:  
que espíe mis yerros,  
mis culpas inmensas.  
¡Ay!, logren mis lágrimas  
te dignes (me) oír:

*Ansiosa de verte,  
deseo morir.*

La Santa interpreta lo que San Juan dice al afirmar: “*el alma más vive donde ama que donde anima*”. Solo amor es el que da valor a todas las cosas.

Como hemos visto, Teresa tiene en su obra un estilo sencillo, claro, graciosamente descuidado. Su palabra es lo más importante, siendo un hablar corriente convertido en escritura. Desaliñado, llano, pues toda afectación es mala. Así pues, es sobre todo, el lenguaje de los espirituales. Es su poesía la voz del alma humana. Un viento que esparce las semillas con imágenes de palabras.

Como final os voy a leer el poema favorito de la Santa:

### **NADA TE TURBE**

Nada te turbe,  
nada te espante;  
todo se pasa,  
Dios no se muda.  
La paciencia  
todo lo alcanza.  
Quien a Dios tiene  
nada le falta.  
Solo Dios basta.

Esta composición parece sacada del Libro del profeta Daniel, que dice así: “Dios sostiene a sus fieles si tienen fe y paciencia”.

Aunque Dios apriete su mano y se nos esconda del alma, Dios no nos abandona. Cuanto más se nos oculte, creer que está más cerca de nosotros.

No olvidemos que la paciencia todo lo alcanza, en la Tierra y en el cielo y con ella lograremos el dominio y posesión de nosotros mismos.

La Santa tenía el “Nada te turbe” como marca en su breviario de uso diario. Así, la recitaba con frecuencia y esto la confortaba, serenaba y llenaba de confianza en Dios. Es una exhortación a sí misma, a no turbarse por nada ni por nadie. A no asustarse por las cosas adversas que nos sobrevienen, aunque parezcan espantosas y sobrehumanas.

Todo se pasa, como el viento y se disipa como el humo.

Con humildad, pero con decisión, busquemos que nuestro paso por la vida de los demás les toque de manera que les acerque un poco más a Dios.

